Agrupación de Hermandades y Cofradías de Almería

Exaltación Mariana

2002

- Manuel Pozo Oller -

RUEGA POR NOSOTROS, PECADORES

Canto a Santa María en su advocación de Virgen del Mar

I) " Y vendrán muchedumbres de pueblos diciendo: Venid, subamos al monte de Yahveh (Isaías 2,3)"

1. Queridas cristianas y cristianos de nuestras Diócesis Urcitana y Ciudad de Almería; Ilmo. Sr. Vicario General; Sr. Presidente de la Agrupación de Hermandades y Cofradías de nuestra Ciudad de Almería; Sr. Presidente de la Agrupación de Hermandades y Cofradías de Poniente; Hermanas y Hermanos Mayores de nuestras Hermandades y Cofradías; Hermanos Sacerdotes y miembros de Vida Consagrada; Dignísimas autoridades; Hermanas y hermanos, amigos todos.
2. Hoy, Domingo de la Santísima Trinidad, convocados por la Agrupación de Hermandades y Cofradías de nuestra Ciudad, nos reunimos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, en este hermoso Santuario de nuestra Patrona, para cantar las glorias de Santa María Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra, a la que llamamos e invocamos en nuestra tierra con el piropo marinero de Santa María del Mar. Como ***Andrés de Jaén,*** en aquel venturoso día 21 de diciembre de 1502 oteamos el horizonte, entre el claroscuro del alba, para divisar entre las olas de nuestra vida cristiana la presencia viva y vivificante de una mujer que, en su amor fecundo, nos trajo al autor de la vida, Jesucristo nuestro Señor.

Lucero del alba
luz de mi alma
Santa María.
Virgen y Madre,
hija del Padre,
Santa María
Flor del Espíritu,
Madre del Hijo,
Santa María.
Amor maternal
del Cristo total,
Santa María. Amén.

3. Santa María, Virgen y Madre, hija del Padre y Flor del Espíritu, es para la Comunidad de seguidores de Jesucristo y para la humanidad entera lucero del alba. Entre las olas de nuestra existencia creyente descubrimos con idéntico asombro que ***Andrés de Jaén*** la imagen maternal de la Virgen María. Como él contemplamos boquiabiertos el precioso regalo del mar. Y también, como en

su día hiciera el torrero, en la plenitud de esta plácida y luminosa primavera almeriense, venimos a buscar orientación y consuelo en la casa de sus custodios, la Comunidad de PP. Dominicos y en su Prior ***P. Agustín Turrado.***

4. La Agrupación de Hermandades y Cofradías de la Ciudad compartimos con nuestra Diócesis de Almería y la Hermandad de la Virgen del Mar el gozo de este año jubilar que, con buen criterio pastoral fue decretado por nuestro actual Administrador Apostólico como Año Mariano para todos los diocesanos. Las Hermandades y Cofradías de toda la diócesis nos unimos cordialmente a la solemne celebración de este Año Mariano. Felicitamos fraternalmente al Hermano Mayor de la Hermandad, ***D. Francisco Gómez Berjón***, a su Junta de Gobierno y a las Hermanas y Hermanos de la *"Muy antigua, pontificia, real e ilustre Hermandad de la Santísima Virgen del Mar"* por el ingente trabajo que están llevando a cabo en la preparación y desarrollo de todos los actos que culminarán en la fecha histórica del V Centenario de la arribada de la Virgen a nuestras playas. Los Hermanos y Hermanas de la Hermandad sois conscientes de que la Iglesia y la Ciudad de Almería os han encomendado desde el siglo XVI el mejor de sus tesoros, la más fina de sus alhajas. La fecha memorable de 1520, fecha de la creación de la *"Devota y Distinguida Hermandad de Santa María del Mar",* está impresa para siempre con hilos de amor en el corazón de los almerienses. Desde entonces, hasta hoy, este Santuario situado en el corazón de la Ciudad, ha sido y es el lugar de encuentro de todos los almerienses junto al calor de la Madre.
5. Las Hermandades y Cofradías venimos, en palabras del ilustre poeta y paisano José Mª Martínez Álvarez de Sotomayor, a poner bajo el manto protector de la ternura material de la Virgen del Mar a nuestra Ciudad de Almería, asus gobernantes y a sus pobladores.

Dice el pueblo en su cantar
que, en tus ansias de encontrar
una tierra fervorosa
que te ofreciera amorosa
la morada de un altar,
navegabas al azar
una noche tenebrosa
y arribaste, milagrosa,
sobre la crin espumosa
de la borrasca del mar.
Que los vientos se calmaron
cuando luceros nimbaron
manos tan santas y buenas
que en un instante serenas
las altas olas dejaron.
Y cuando tus pies hollaron

nuestras cálidas arenas,
bajo tus plantas morenas
espontáneas azucenas
profusamente brotaron.
Y en devota romería
la ruda marinería
de recio temple de acero
y el sano pueblo agorero
que tu bondad presentía,
en procesión de alegría
te puso en su altar costero
y te aclamó lisonjero
sometiéndose a tu fuero
por Patrona de Almería.

La Corporación Municipal almeriense, desde el acuerdo del año 1738, asumió la tarea de celebrar fiestas en honor de Nuestra Señora la Virgen del Mar. Pasado el tiempo, ésta proclamó a la Virgen del Mar Patrona Principal de la Ciudad en solemne sesión celebrada en Consistorio de 16 de febrero de 1805. Ante la imagen de la Virgen, orlada por el escudo de nuestra Ciudad, hago una oración sincera por todos los que trabajan por nuestra tierra y nuestras gentes desde la vocación política. Ciertamente que una Ciudad abierta al mar, que tiene como horizonte el azul del cielo infinito, necesita personas honestas que trabajen sin descanso por un futuro mejor. Te pido, Madre, que nuestros gobernantes nos ayuden a identificarnos cada día más con nuestro pueblo y nuestras cosas y a sentirnos sanamente orgullosos de haber nacido en una tierra milenaria de culturas que siempre han sido ejemplo de valores humanos y exquisita convivencia.

6. Al presentarte, Madre, nuestra Ciudad y nuestra provincia, nuestra Diócesis y cada una de sus parroquias, movimientos y asociaciones, hermandades y cofradías, quiero, especialmente poner en tus manos a *"los más necesitados: los enfermos, los disminuidos, los ancianos que viven sin cariño, los niños sin protección, las mujeres maltratadas, los inmigrantes, los encarcelados y todos los que sufren. Te encomendamos, también, a tantos jóvenes que están atrapados en por las drogas que hoy les ofrece el consumo egoísta"*
7. El año jubilar del V Centenario del hallazgo de la imagen es un motivo excelente para contemplar a Santa María. Su imagen desde aquel lejano año de 1503 preside este Santuario eregido en su honor. Es una talla labrada en madera de nogal de probada resistencia. Su estilo gótico –bizantino realza su planta noble e ilustre. El artesano – escultor, educado a las puertas del Renacimiento nos sorprende con unos rasgos iconográficos de la más sana y actualizada teología conciliar. La Madre y el Hijo forman un solo bloque escultórico. Es una hermosa

catequesis plástica que nos indica que la obra de la encarnación y redención fue posible solamente gracias al sí confiado de María. Cuentan las crónicas de la época que cuando la imagen arribó a la playa de Torre García, le faltaba la parte posterior de la cabeza y de la espalda. En el resistente nogal aparecían señales que, a decir de los expertos, habían sido provocadas en el intento de asir con argollas de hierro la imagen bendita a algún lugar de presidencia de la nave con el propósito de que los marineros pudieran acudir a ella en sus venturas y desventuras. Santa María, en la imagen que el mar nos donó, necesitaba y necesita ser acogida y amada.

8. La verdad es que, como otros tuvieron el acierto de expresar poéticamente, *"desde la hora en que esta señora llegó a aquella playa y en el mismo sitio en que se puso sobre la arena, empezaron a nacer narcisos, cuya flor es al modo de la azucena, y del olor más suave y de mayor fragancia".* Durante este Año Mariano, con múltiples flores de amor, la iglesia de Almería quiere recordar aquella efeméride histórica con gratitud. Despertamos nuestra memoria colectiva para imitar las virtudes de Santa María. El Año Mariano dará fruto abundante si lo vivimos orientados al Misterio de Cristo y al Misterio de la Iglesia. Se trata, por tanto, de preparar los corazones para recibir a Cristo. Todo cuanto hacemos por María va dirigido a su Hijo, el Salvador del mundo. Y ha de hacerse en comunión con la Iglesia, la esposa de Cristo, custodia de los medios de salvación.
9. María, la Madre del Señor, es para el pueblo de Dios modelo y guía. Es auxilio y signo de esperanza. Es medianera e intercesora.

¡Qué dulce sueño, en tu regazo madre,
soto seguro y verde entre corrientes rugidoras,
alto nido colgante sobre el pinar cimero,
nieve en quien Dios se posa como el aire al estío,
en enorme beso azul,
oh, tú, primera y extrañísima creación de tu amor!
Déjame ahora que te sienta humana,
madre de carne sólo,
igual que te pintaran tus más tiernos amantes,
déjame que contemple, tras tus ojos bellísimos,
los ojos apenados de mi madre terrena;
permíteme que piense
que posas un instante esa divina carga
y me tiendes los brazos,
me acunas en tus brazos,
acunas mi dolor,
hombre que lloro.
Virgen María, madre,
dormir quiero en tus brazos

hasta que en Dios despierte.

10. Las celebraciones del Año Mariano deben promover, en palabras de nuestro Administrador Apostólico, un culto a la Virgen que sea más comprometido, en el que se dé la prioridad al culto litúrgico, especialmente a la Misa del Domingo; en el que se conserven los ejercicios piadosos y las prácticas de devoción mariana aprobadas por la Iglesia y recomendadas a lo largo de los siglos por su Magisterio, "observando fielmente cuanto ha sido ordenado sobre el culto a las imágenes de Cristo, de la Santísima Virgen y de los santos". La Iglesia nos señala algunas devociones que recomendamos vivamente: El Santo Rosario, el Angelus, las distintas plegarias a María, las flores en el mes de Mayo, la sabatina y otras devociones que han brotado a lo largo del tiempo de la fe del pueblo sencillo.
11. Igualmente, para una respuesta adecuada a las necesidades actuales, toda la Diócesis debe comprometerse en la promoción humana y en un testimonio concreto de caridad: hacia lo pobres y necesitados; hacia los enfermos y los que sufren; hacia los inmigrantes, marginados y perseguidos, *"de modo que cuantos no creen encuentren en este amor de preferencia de la Iglesia un claro testimonio de fe*". El hambre y la indigencia, la paz y la justicia, la marginación, el sufrimiento y el dolor de los hombres, entre nosotros y en tantas partes del mundo; las reivindicaciones justas de la mujer, la defensa de su dignidad e integridad; así como la defensa de la libertad religiosa; han de ser, estas realidades, un renovado compromiso que de credibilidad a la salvación realizada por Dios en Jesucristo, y en la que María está presente de manera especial.
12. Esta tarea de dar respuesta a las necesidades actuales no es otra que la intuición que recogieron ya en su tiempo los Estatutos de la Hermandad de la Virgen del Mar en 1863. Aquellos Estatutos, redactados en dieciséis bases o capítulos, señalaban las actividades de culto a la Virgen y las obras de piedad y misericordia. Dicen los amanuenses de aquella época que los asociados cumplieron tan religiosamente su objeto piadoso que lo hicieron extensivo a la redención de cautivos y a la asistencia a enfermos, llegando los cofrades a establecer un asilo para su cuidado. Así consta en cédula real de 8 de marzo de 1592, firmada por Felipe II, en la que se conceden gracias y prerrogativas reales al Hospital y a la Cofradía. Hoy, aplaudimos sinceramente que la Hermandad y los PP. Dominicos hayan retomado el proyecto diocesano elaborado con motivo del Año Jubilar 2000. La construcción de una casa de acogida para necesitados, transeúntes e indigentes, además de conectar con la esencia prima de la Hermandad, debe ser un signo que visualice el amor evangélico a la Virgen. No nos quepa la menor duda. Este gesto de amor a los más desfavorecidos es la mejor corona y el mejor manto para nuestra Señora.

13. La Agrupación de Hermandades y Cofradías, en fin, venimos hoy en peregrinación a este santo lugar. Junto a nosotros traemos los nombres de todas las Hermanas y Hermanos de nuestras Hermandades y Cofradías. También a todos los diocesanos. La peregrinación a este Santuario se nos muestra hoy como un instrumento pedagógico excepcional en manos de Dios. Imitamos en esta tarde plácida de primavera a la misma Madre de Dios que, apenas concebido Jesús en su seno, fue peregrina y ejemplo de peregrinación caminando desde Nazaret hasta Ain Karin, ciudad situada en las montañas del sur, para visitar a su prima Isabel y disfrutar juntas de la bondad del Señor y del gozo de la fecundidad. En este de la peregrinación, como en tantas otras cosas, hemos de imitar el estilo de la Madre en la visita que hiciera a su prima. San Ambrosio dirá que aquella peregrinación fue ejemplar porque María la realizó *"alegre en el deseo, religiosamente pronta del deber y presurosa en el gozo".*

II) SANTA MARÍA DEL EVANGELIO

14. Tarde de peregrinación en Hermandad. Tarde para recordar y vivir el misterio de un nuevo Pentecostés en nuestras Diócesis junto a María. Tarde para peregrinar en busca del rostro hermoso de Santa María del Evangelio. En esta peregrinación espiritual les invito a situarnos, como diría San Ignacio de Loyola en el espacio y en el tiempo. Gustemos cada una de las estampas evangélicas. Recorramos las páginas del Evangelio para contemplar la acción de Dios en la *"llena de gracia".*

    Nos situamos en Nazaret, María tendría unos catorce o quince años. En su pueblo casi nunca pasaba nada. Era un pueblo mediano de una región alejada.

    Las casas de Nazaret eran como todas las casas de los pueblos. De una sola planta, de cañas y barro, con pocos compartimentos interiores, con mucha vida en la calle. Con escaso mobiliario. Allí todos vivían de la misma manera.

    En aquel pueblo una muchacha, María. Miriam, en su lengua. A sus padres la tradición les ha puesto los nombres de Joaquín y Ana. Joaquín quizá era campesino, como la mayoría de los nazarenos, o quizá tenía algún oficio. La muchacha se dedicaba a lo mismo que las demás chicas de su tiempo. En casa, aprendía sobre todo de su madre. Ayudaría en las tareas del campo o con los animales. Y todos esperaban el momento en que apareciera un buen chico con el que casarla.

Seguramente no iba a la escuela ni participaba de las reuniones ni en el culto de la sinagoga. Esas eran sólo cosas de hombres. Pero esto no significaba que viviese con los ojos cerrados ni con el corazón cerrado. Su madre, Ana, de la que dependía su educación, sería sin duda una gran persona, porque supo hacer vivir a su hija sentimientos muy hondos, muy intensos. Sentimientos que hablaban de las esperanzas de aquel pueblo, de la confianza en el Dios salvador, del anhelo de una vida distinta, de la transformación de los corazones.

El caso es que María, junto a su madre, y junto a la gente de su pueblo, había ido creciendo como mujer y como creyente.

A los catorce o quince años la desposaron con el artesano José, no mucho mayor que ella. El desposorio era ya el compromiso definitivo, pero los novios tardaban aún más o menos un año antes de vivir juntos.

Y es en este momento que el evangelio de Lucas nos cuenta una hermosa historia: *"El ángel Gabriel fue enviado por Dios a una villa de Galilea, llamada Nazaret, a una joven desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David, la joven se llamaba María".* En la casa de Joaquín, de Ana y de María, comienza nuestro camino. Y comienza porque hay una mujer de catorce o quince años que ha aprendido a esperar en Dios, y ha creído que Dios actuaba en la vida, y ha sabido decir sí cuando se ha sentido llamada, cuando se ha sentido interpelada por el Espíritu.

¡Qué extraña es la actuación de Dios! Pero qué maravilloso es que actúe así. En el vientre de una mujer joven y morena que vive en una casa de barro y cañas, en el vientre de una mujer joven que sabe esperar y sabe creer, comenzará la historia humana del Hijo de Dios. Sin duda, el vientre de María de Nazaret era el mejor lugar en el que Dios podía empezar a ser la clase de hombre que quería ser.

San mateo y San Lucas nos narran los acontecimiento que rodearon el nacimiento de Jesús, aquellos acontecimientos de los que María es protagonista principal. Leyendo los dos primeros capítulos de ambos evangelios, podremos ir siguiendo el hilo de esas escenas tan llenas de poesía y al mismo tiempo de contenido profundo. Son historias en las que lo principal no es la curiosidad de saber lo que ocurrió, sino el mensaje que nos transmiten y a través del cual conocemos mejor quién es Jesús y cuál es su misión. María

de Nazaret en los planes de Dios ocupó un lugar sin igual. Un poeta anónimo retrata su vida y su carácter de mujer creyente con hermosos versos.

Madre del silencio y de la humildad,
tú vives perdida y encontrada
en el mar sin fondo del Misterio del Señor.
Eres disponibilidad y receptividad.
Eres fecundidad y plenitud.
Eres atención y entrega por los hermanos.
Eres vestida de fortaleza.
Eres Señora de ti misma
Porque nada guardas de ti.
Estás dentro de Dios y Dios dentro de ti.
El misterio total te envuelve y te penetra,
te posee, ocupa e integra todo tu ser.
Sin embargo, tu silencio no es ausencia sino presencia.
Estás abismada en el Señor
y, al mismo tiempo,
atenta a los hermanos como en Caná.
Envuélvenos en el manto de tu silencio
Y comunícanos la fuerza de tu fe,
L altura de tu Esperanza,
Y la profundidad de tu Amor.

15. A María, con aquella intervención de Dios, se le trastocó todo. A José también. Pero los dos entendieron a qué les llamaba Dios y se dispusieron a realizarlo. Desde el primer momento entendieron la alegría que implicaba aquella llamada y se sintieron felices a pesar de todas las complicaciones que ésta les iba a suponer.

    Y María hizo lo mejor que podía hacer en una situación así. No se queda en casa mano sobre mano. Confía en Dios y se pone en camino. Emprende el camino para servir. Va en busca de su prima porque ésta le necesita. Su prima era mayor y esperaba un hijo.

El aire sólo el aire se apresura
a predecir el mes, el día, la hora,
todo el aire te ciñe y se enamora
del arco de la luz por tu cintura.
Grávida del amor, en llama pura,
por donde pasa tú, madrugadora,
va amanecido Dios, abriendo aurora

de mar a mar, con sólo su figura.
Todo, de pronto, es clave y profecía.
Habla de ti la piedra más desnuda
y habla mejor la nieve en la montaña.
Ay, tradúceme tú lo que decía
la lengua de Isabel que te saluda
Y el baile de san
Juan en tus entrañas.

Y María llega a la casa de Isabel y todo es una gran alegría. La alegría de verse, la alegría de los dos hijos que van a nacer, la alegría, sobre todo, de la obra de Dios que allí se manifiesta. *"¡Dichosa tú, que has creído!",* grita Isabel. Porque de eso se trata: de creer, de fiarse de Dios, de confiar en su acción constante. Y en esto consiste la felicidad. Y María responde, grita también. El evangelio pone en sus labios aquel cántico que repetirán todas las generaciones:

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios mi salvador,
porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí.
Su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
El hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes;
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.
Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia,
como lo había prometido a nuestros padres,
en favor de Abrahán y su descendencia para siempre.

16. María "dio a luz a su primogénito". Los niños de aquella época no nacían tan protegidos como los de ahora. Pero aun así, tener que dar a luz a tantos kilómetros de su casa y en aquellas condiciones no debió resultar nada agradable. Pero, en aquel pobre establo, en aquellas condiciones poco agradables, se concentraba mucho amor. El amor de María, el amor de José y el amor de Dios. En aquella cueva de Belén, comenzaba la historia de aquel niño

que iba a ser Buena Noticia, gran noticia, para todos los que tengan el corazón limpio, para todos los que quieran vivir de verdad. El amor sincero de aquella pareja de Nazaret y el amor infinito de Dios se encontraron, y nació aquel que era la luz para todos.

Unos pastores fueron los primeros en enterarse. No consta en ninguna crónica de la época, pero en el corazón de aquellos pastores cantaron legiones de ángeles. Y los pastores tenían el alma lo bastante sensible como para escucharlos y, al punto, partir hasta donde estaba el niño. Y las legiones de ángeles entraron también en el corazón de María.

No puede haber tristeza
cuando nace la vida.
No reinan las tinieblas
donde ya apunta el sol.
Venid conmigo:
Veréis como el misterio
es hambre de ternura,
es latido de amor.
Venid, venid conmigo:
Os mostraré la gloria
de un Dios entre pañales,
¡llorando por tu amor!

San Lucas, en un momento de su relato, anota una frase que refleja quien es María. *"María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón".* Ésta será su actitud fundamental. Tener los ojos abiertos, y mirar, y estar atenta, y ser capaz de descubrir las huellas de Dios en todo lo que le sucedía. Ser capaz de entender las llamadas que Dios le dirigía, y ser capaz de entender también como a través de ella Dios realizaba su obra, y ser capaz de entender igualmente cómo la realizaba a través de la demás gente, y alegrarse.

María *"conservaba todo en su corazón de madre"* y no sólo en aquellos momentos iniciales de Nazaret y Belén, sino también más adelante, a medida que su hijo crecía. Cuando el hijo adolescente hace novillos quedándose sin permiso en el templo ella le dirá: *"Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo buscábamos angustiados…"*. Aquel episodio era como un aviso de lo que ocurriría pasado el tiempo. María tuvo que aprender a descubrir en el camino de su hijo la obra de Dios. Fue capaz porque estaba dispuesta: estaba dispuesta al aprendizaje de la conversión, que es aprender a pensar como Dios piensa, es aprender los criterios de Dios. En las narraciones evangélicas en torno al

nacimiento aparecen algunos de esos avisos de futuro. En aquel ambiente de ternura y alegría, se nos muestra que el camino de aquel niño será un camino difícil, y que la manifestación del amor de Dios implicará dolor, y aquel dolor será dolor también, naturalmente, para María. Momento duro será, sin duda, la persecución de Herodes, que obliga a los padres de Jesús a huir con el niño a Egipto. María, por estar tan unida a su hijo, sufre esa misma persecución.

17. Poco nos dicen los evangelios de lo que hizo María cuando su hijo se marchó de casa para comenzar su predicación. María, ciertamente, estaría muy atenta a lo que su hijo hacía y a las noticias que le traían las buenas nuevas. El día en que los parientes de Caná celebraron una boda toda la familia son invitados. Jesús comparte la alegría de aquellos enamorados. Jesús ya era por entonces el pariente popular del que se hablaba tanto por sus hechos y sus predicaciones.

    Ya estamos en la boda. Suena la música y corre el vino en abundancia. De pronto alguien avisa *"no les queda vino".* María se da cuenta de que se ha terminado el vino. Un drama. Hay que decir en descargo de los novios que la boda judía ocupaba sin interrupción varios días. María sufre imaginando lo mal que lo van a pasar los novios. Se va hacia donde está su hijo. La madre intercede. Jesús no parece muy dispuesto a acceder a la petición materna. Pero María lo conoce bien y va tranquila y confiada a decir a los sirvientes: *"Haced lo que él os diga".* María conoce bien a su hijo. Sabe que nada le alegra más a su hijo que ver a la gente feliz. Jesús quiere que el corazón de todos, la vida de todos, esté llena del amor de Dios. Pero quiere que ese amor se pueda experimentar ya en las pequeñas y grandes realidades de cada día, en la felicidad sencilla, en la enfermedad que se vence, en la mistad compartida. Por qué no, en el calor de la amistad en torno a la fiesta, la comida y un poco de buen vino.

    María también comparte los sentimientos de su hijo. Quiere que la fiesta pueda seguir animada para la alegría de todos, como quiere también que los corazones de todos se transformen según la llamada del amor de Dios. A ella, Señora de la casa, mujer y esposa, acostumbrada a pensar en los demás le parece muy importante los detalles. María debía mirar satisfecha, luego, como los invitados se animaban gracias al vino de su hijo.

18. Por todos los caminos de Palestina Jesús ha hecho nacer muchas esperanzas. Ha curado enfermos, ha levantado ánimos decaídos, ha invitado a vivir de una forma distinta, ha anunciado la liberación para los pobres, ha combatido la mentira, ha ayudado a entender que Dios era, total y solamente, amor. Pero al mismo tiempo, Jesús ha chocado con todos los que se resistían a aceptar que las cosas tenían que cambiar para parecerse más al plan de Dios. Era peligroso

y, por eso, lo han detenido, lo han condenado a muerte, y lo han ejecutado clavándolo en una cruz.

Junto a la cruz, acompañándolo en la hora de la verdad, han quedado muy pocos amigos. Algunas de las mujeres que iban con él, San Juan el discípulo amado, y maría. María no podía faltar. Más de una vez le ha costado entender lo que hacía su hijo, pero lo que sí ha entendido, y ahora más que nunca, es que en su hijo se hacía presente la obra de la salvación de Dios. Qué raro es Dios, a veces. ¡Qué raro es Dios, ahora! Pero no hay duda: no hay duda de que Dios "hace obras grandes", *"mira la humillación",* "a los hambrientos los colma de bienes", *"se acuerda de la misericordia".* Aquello es una tragedia: para Jesús, para María, para las amigas y amigos que están allí, para los discípulos que han huido llenos de miedo. Para todos es una tragedia. Pero, en medio de la tragedia, aquel himno gozoso proclamado en casa de Isabel resuena ahora de nuevo, y alcanza todo su sentido.

Y allí en la cruz, Jesús, que ha vivido su vida fuertemente unido tanto a su madre como a sus seguidores, quiere que esta unión siga siempre. Y, desde el estertor de la agonía, pronuncia aquellas palabras de cariño para María y de cariño para todos los creyentes: *"Mujer, ahí tienes a tu hijo", "ahí tienes a tu madre"*. María y el discípulo, unidos ahora como madre e hijo, imagen de la presencia perpetua de Cristo resucitado en medio de su Iglesia, significarán para siempre que Jesús sigue vivo a través de todos nosotros. María, junto a la Cruz y en el Cenáculo, será la madre de todos los que continúen la obra de Jesús, la mediadora de todas las gracias. Así lo ha querido Jesús.

19. *"Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa",* dice el evangelista. ¿Qué hizo María, después de la muerte de Jesús? El evangelio no nos dice nada de cómo vivió ella la experiencia de la resurrección. Pero sí encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles cómo estuvo presente en los primeros momentos de la vida de la comunidad, en la espera del Espíritu: *"Los apóstoles se volvieron a Jerusalén, desde el monte que llaman de los Olivos. Todos ellos se dedicaban a la oración en común, junto con algunas mujeres, entre ellas María, la madre de Jesús, y con sus hermanos".*

María se une al grupo inicial de hombres y mujeres que creen en Jesús vivo, y participa de la vida de aquel grupo. Con ellos, recibe el Espíritu, con ellos se siente transformada y dispuesta a continuar la obra de su hijo. María es el centro de aquella primera comunidad y lo será para siempre de la Iglesia a la vera de su Hijo Jesucristo.

A partir de aquí, las noticias que tenemos de María son escasas. La tradición nos dice que debió irse con San Juan, a Éfeso, en la actual Turquía. En esta región debió dormir para despertar en el cielo junto a la Trinidad Santa.

María asumpta al cielo, comparte la vida nueva de su hijo para siempre y es, como dice el Concilio Vaticano II y recoge el prefacio de la fiesta de la Asunción, *"figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada, consuelo y esperanza del pueblo todavía peregrino en la tierra".* El pueblo cristiano, desde muy pronto, entendió lo que María significaba en el misterio de Dios y de su Iglesia. La entendió como la más próxima seguidora de Jesús, la primera creyente, testimonio firme de fidelidad, miembro activo de la comunidad cristiana, modelo de imitación. Y entendió también que, del mismo modo que había estado junto a Jesús como madre solícita y atenta, también ahora estaba junto a cada uno de sus seguidores y junto a la Iglesia entera. Y, así, de este modo, por todas partes fueron surgiendo los nombres que hacen a María cercana a cada grupo humano, a cada persona y a cada situación humana. Nosotros, acudimos a Ella y la llamamos Santa María del Mar, o del Carmen, o de Gádor, o de la Cabeza, o de los Desamparados del Saliente, Socorro o Rosario… Nuestras hermandades y cofradías han sabido contemplar la riqueza de matices de la Madre de Dios. La geografía de nuestra provincia está llena de sus nombres. *"Me felicitarán todas las generaciones",* había cantado María en casa de Isabel. A ella, a aquella muchacha morena de Nazaret que vivía en una casa de barro y cañas, a aquella *muchacha de Nazaret que nunca fue importante según los criterios de la importancia que este mundo le decimos "¡Dichosa tú, porque has creído!" Y mientras peregrinamos por este mundo hacia el cielo le imploramos que nos "muestre a Jesús, fruto bendito de su vientre"* y que *"ruegue por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte".*

María, pureza en vuelo,
Virgen de vírgenes, danos
la gracia de ser humanos
sin olvidarnos del cielo.
Enséñanos a vivir;
ayúdenos tu oración;
danos en la tentación
la gracia de resistir.
Honor a la Trinidad
Por esta limpia victoria.
Y gloria por esta gloria
Que alegra la cristiandad. Amén.

¡Qué la celebración jubilar de este Año Mariano sea para nuestra Diócesis, para nuestra Ciudad de Almería, para nuestras Hermandades y Cofradías, y para cada uno de nosotros, fuente de gracia y bendición!

Santa María del Mar, ¡ruega por nosotros!

Almería, a 26 de mayo de 2002

Santuario de la Virgen del Mar